

maldición habia causado en todos sus hijos, se entregó á la desesperacion y se ahorcó.

Tiembren los padres de familia y todos los maldicientes, al ver en este suceso los terribles efectos de las maldiciones; destiérrense para siempre las maldiciones de sus labios y sus casas. No se fien en esa excusa comun de que no las echan con intencion, porque la ira embriaga como el vino, y en semejante estado, ni ellos mismos saben si las echan con intencion. Tampoco deben fiarse en que despues de haber maldecido no quieren que comprenda su maldicion, porque acaso querian cuando maldijeron, y no es lo mismo maldecir con mal deseo, que perseverar en el deseo malo. Ni se excusen con la costumbre, porque no hay excusa mas falsa. Decir que no pueden dejar de ser maldicientes por la costumbre, es una falsedad que desmienten su corazon y sus hechos. Las personas mas maldicientes han vencido su mala costumbre y cesado enteramente de sus maldiciones, luego que han mudado de vida y se han entregado á la virtud. Quieran de veras no maldecir, y lo conseguirán; formen resoluciones vivas y firmes; sustituyan la palabra de *bendito* á la de *maldito*, puesto que constan de las mismas letras y se tarda el mismo tiempo en pronunciarlas; tomen en sus labios los dulces nombres de *Jesus* y de *María*, en vez de los amargos de *diablo* y de *demonio*; trabajen en sujetar su cólera y refrenar su ira; pidan á Dios paciencia y gracia para vencerse á sí mismos; procuren no hablar mientras que hierve la sangre; y si hay que dar algun desahogo al corazon, he aquí el que es propio de un cristia-

no: *Jesus, Dios mio, Dios eterno, santos cielos, Jesus Maria y José, Dios me ayude, Dios me ampare, Dios me dé paciencia, ángel mio, santo mio. . .* y si á pesar de estas cristianas expresiones ú otras semejantes, se escapase alguna maldicion, entonces la limosna de un real, y aun de un cuarto por cada maldicion, será acaso el remedio mas eficaz, aunque no tan noble ni tan cristiano. Las palabras de Job en su extrema calamidad, deben ser un espejo en que se miren los maldicientes. Perdidos todos sus bienes en un momento, y muertos en otro sus siete hijos y tres hijas bajo el peso de la casa en que estaban reunidos, cuando recibió amontonadas estas noticias terribles, se postró en tierra, adoró al Señor, y dijo: *desnudo sali del seno de mi madre, y desnudo volveré allá. El Señor me lo dió, él me lo quitó; como agradó al Señor así se ha hecho; sea el nombre de Dios bendito.* Pero sobre todo, deben tener presente que Jesucristo jamas maldijo á los que le maldecian; que pidió por los mismos que le crucificaban, y que nos encargó que bendigamos aun á los que nos maldicen.

SEXTO MANDAMIENTO.

- P. *Sobre el sexto mandamiento, os pregunto: quién es el que le guarda enteramente?*
 R. *El que es casto en palabras, obras y pensamientos.*

La *castidad* consiste en el propósito de abstenerse perpetuamente de toda delectacion impura, y se cumple con lo efectivo de esta abstinencia en obras, palabras y pensamientos; para cuyo logro es indispensable que la acompañen el pudor, el recato, la modestia y guarda de sentidos; pues sin estas defensas, es como imposible libertarse enteramente del veneno de la impureza. La castidad es una virtud excelentísima; procede de la máxima y cardinal virtud de la *templanza*, y podemos decir que es su hija predilecta.

Nadie puede dudar que la castidad, y el divino mandamiento que nos obliga á guardarla, han sido de todos los tiempos y obligado á todos los hombres, aunque en diversos grados, pues distinguiéndose en conyugal, vidual y virginal, necesariamente ha de ser el un grado de mayor austeridad y perfeccion que el otro; pero sin embargo, podemos decir que es la virtud propia del cristianismo, ya porque en él toda la moral se tiene y observa con mucha mayor perfeccion que en la ley natural y en la escrita, ya porque con respecto á la virginidad guardada por estado y consagrada á Dios, ciertamente es la presea, el esmalte y la gala de la ley nueva. Siendo esto así, como realmente lo es, no hay que admirar en que, sobre la delicadeza que de suyo tiene la castidad para guardarse de modo que no se peque, la tenga mucho mayor en la ley de gracia para guardarse con tal esmero, que no sufra ni un leve aliento que la empañe; quiere decir, que no se demerite ni desdiga de la perfeccion propia de aquella divina ley. Pero contraigámonos ya á la explicacion de este man-

damiento, al cual debe entenderse que asociamos el noveno, para la exposicion, con la diferencia de que en éste entienden los teólogos, que se vedan los pecados de pensamientos, deseos y delectaciones puramente internas; y los de obra y palabra en el sexto.

Los gentiles, no contando con otra felicidad que la de esta vida, nada se prohibian en materia de impureza; ni obras, ni palabras, ni pensamientos, ni deseos. Los judíos, siguiendo la letra que mata, como dice San Pablo, se prohibian las obras y palabras deshonestas; pero se permitian los pensamientos y deseos.

Mas los cristianos, guiados por el espíritu que vivifica, como dice el mismo San Pablo, se prohiben, no solo las palabras y obras deshonestas, sino tambien los pensamientos y deseos; ya porque así lo pide la ley natural, y ya porque así lo exige la ley evangélica, que es espiritual y manda en los pensamientos y deseos del espíritu. Así lo declaró el mismo Jesucristo en varias ocasiones. *Habéis oído, predicaba en una de ellas, que se dijo á los antiguos: No cometerás adulterio. Pues yo os digo, que todo aquel que mirare á una muger con mal desseo, ya adulteró en su corazon.*

Este mandamiento es muy delicado, porque es el custodio de la pureza, y ésta no puede tocarse sin quedar manchada. Es decir, que este mandamiento es tal, que no admite parvedad de materia; que todos los pecados que se cometen contra él, son de suyo mortales, y que solo pueden ser veniales, ó por falta de advertencia suficiente de parte del entendimiento, ó

por falta de consentimiento deliberado de parte de la voluntad. La impureza no solo se opone á la razon natural, sino tambien, y muy particularmente, á la cualidad de cristiano, con cuya vocacion es incompatible. No os ha llamado Dios para la inmundicia, decia San Pablo á los primeros cristianos, sino para la santificacion. La voluntad de Dios es que seais puros, que os abstengais de la fornicacion, y que cada uno de vosotros posea su cuerpo en honor y santidad, y no en pasion de ignominia, como los gentiles, que no conocen á Dios. ¿Ignorais acaso que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno, pues, manchare el templo de Dios, Dios le destruirá, porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo.

P. Peca en los malos pensamientos quien procura desecharlos?

R. No, antes merece, si junto con esto quita las ocasiones.

Como el alma del hombre es una imágen de la divinidad, se ven en ella perfecciones que encantan. Una de ellas es la soberanía de sus potencias, las que emiten sus actos con tal libertad é independencia, que no pueden ser coactadas por potencia alguna criada. Aun entre sí mismas las potencias del alma se encuentran tan expeditas, que no se impiden ni embarazan en sus respectivos ejercicios; y aunque no puede faltar entre ellas aquella reciprocidad que necesariamente ha de haber por la unidad de su esencia, y por el ejercicio de ellas mismas, esto es de un modo tan suave y natural, que de facto, no se coactan una á otra.

Para la moral resulta de aquí una ventaja de gran tamaño; pues aunque la memoria traiga recuerdos de objetos pecaminosos, y el entendimiento los perciba y forme de ellos ideas y conceptos, no por eso la voluntad es forzada á abrazarlos; y puede negar su complacencia y consentimiento, con lo que se evita el pecado; porque éste siempre es obra de la voluntad, y no prestándose la voluntad, no hay pecado. Por eso puede suceder que aunque en la mente haya tentaciones y malos pensamientos, no se peque, siempre que la voluntad los resista y procure desecharlos. Y no solo no pecará, sino que aun merecerá delante de Dios, el que, á mas de desechar el pensamiento malo, quita la ocasion de tenerlo ó de cometer el pecado; porque entonces se ve una voluntad tan decidida á conservarse en gracia y caridad de Dios, que quita aun las primeras causas ó principios de la tentacion. Es verdad que no es obligacion bajo pecado grave quitar, mas que las ocasiones próximas, y que el quitar las remotas en mas ó menos número, mas ó menos grado, es voluntario; pero puntualmente en eso está el mérito, pues esto no se consigue sino dándose mas á la modestia, á la mortificacion de los sentidos, al retiro, al silencio, á la oracion &c. Por ocasion próxima, se entiende aquella en que puesto el hombre, cae con frecuencia ó las mas veces. Por ocasion remota, se entiende aquella en que puesto el hombre, cae raras veces, y las mas se sostiene y no cae. A medida que las caidas en el pecado vayan aumentando, va dejando de ser esta ocasion remota, y pasando á ser próxima. Tambien se hace la ocasion

próxima, por la facilidad que preste el lugar para reincidir en la culpa, como sucede cuando se amistan malamente dos que viven en una misma casa, ó trabajan en un mismo taller, &c. La fuga de la ocasion es indispensable para los que llevamos esta fatal concupiscencia que heredamos de Adán.

P. *Pues quién es el que peca en los malos pensamientos?*

R. *Quien propone cumplirlos, ó de su voluntad se deleita en ellos.*

Y Siempre que la voluntad consienta en un mal pensamiento, peca; ni es menester que se ponga por obra lo que envuelve y contiene el mal pensamiento, para que se peque en él. Tampoco se necesita que haya un propósito de ponerlo por obra, para contraer la culpa; basta la delectacion morosa que se tenga del tal pensamiento, para que éste sea pecado mortal. Como la materia en este particular es indivisible, basta para pecado mortal la delectacion voluntaria en un solo pensamiento, porque abraza toda la malicia que puede haber en él. Así es que no se da en esto parvedad de materia, y solo puede hacerse venial el pecado, por falta de advertencia ó deliberacion. Si la voluntad resiste á la tentacion, y hace todo quanto esfuerzo puede para desecharla, no comete pecado, aunque, por otra parte, sienta toda la vehemencia de la delectacion; pues ésta, para ser pecaminosa, necesita ser voluntaria.

Por el contrario, aunque de presente no se perciba deleite del pensamiento malo, será pecado, y pecado grave, siempre que se tenga propósito de cum-

plir el mal pensamiento ó deseo torpe; pues ya en solo esto se abraza la malicia de la accion, y se da el acto de la voluntad, que pervirtiéndose, resuelve arrojarse al objeto de su desordenado apetito.

P. *Qué cosas nos ayudan á ser castos?*

R. *La oracion y sacramentos, ocupaciones y buenas compañías.*

Como el hombre en esta materia está tan expuesto, no solo á los pecados, sino tambien á las tentaciones, es menester que use algunos medios para evitarlas, y para vencerlas cuando no pueden evitarse. *Medios para evitarlas. Primero.* Huir la ociosidad, el regalo, las conversaciones libres, las familiaridades peligrosas, y todas aquellas cosas que, como hemos dicho antes, fomentan la lujuria. *Segundo.* Frequentar la oracion, para alcanzar de Dios el don de la pureza, y los santos sacramentos, para sujetar la pasion de la impureza. *Tercero.* Llevar una vida séria, modesta, sóbria, timorata y continuamente ocupada en el cumplimiento de los deberes espirituales y corporales. *Cuarto.* Valerse del ayuno y de otras mortificaciones proporcionadas al estado y circunstancias de cada uno, para contener así las demasías de la carne. ¡Oh asnillo! decia San Hilarion á su cuerpo cuando advertia en él algun movimiento impuro, ¡oh asnillo! Yo haré que no cocées: no te sustentaré con cebada sino con paja; te enflaqueceré con hambre y sed; te echaré carga pesada y te haré caminar por ardores y por hielos para que no pienses en la lujuria, sino en el descanso y alimento.

Medios para vencerlas. Primero. No hacerlas

frente, sino volverlas la espalda. La ira se vence sujetando el corazón, la envidia sujetándola dentro del pecho; pero la lujuria no se vence así, sino huyendo de ella. Es tan sucia esta pasión, que mancha cuanto toca; y para que no nos manche, es necesario que no nos toque. Un sano que se viese acometido de un apestado, es seguro que no le haría cara ni se detendría á luchar, ni aun á hablar con él, sino que le volvería la espalda y se entregaría á la fuga para que no le pegase la peste. Pues esto mismo debemos hacer nosotros cuando nos hallamos acometidos de las tentaciones de la impureza, y este es acaso el mejor medio de vencerlas. *Segundo.* Espantarlas; y nada las espantará mas que la memoria de nuestras postrimerías, muerte, juicio, infierno y gloria. Acuérdate de tus postrimerías, dice el Espíritu Santo, y jamas pecarás. *Tercero.* Representarnos con viveza al Señor, que está con nosotros viendo y presenciando cuanto pasa en nosotros y por nosotros, sin que se oculte á sus divinos ojos ni el pensamiento mas ligero, ni el deseo mas escondido.

Esta divina presencia pondrá en respeto cuantas tentaciones impuras vengan á acometernos. Ella es la que ha sostenido á los justos en sus peleas contra todas las pasiones, pero particularmente contra esta pasión de ignominia. Perseguido el casto José por su lasciva dueña, levantó los ojos al cielo, y exclamó: ¿Cómo puedo yo consentir en esta maldad y pecar contra mi Dios en su presencia? Viéndose la casta Susana en la dura alternativa de consentir en una torpeza ó morir apedreada, eligió esta muerte ig-

nomiosa, antes que pecar en la presencia del Señor. *Cuarto.* Parar de repente la máquina del entendimiento como se para la péndula de un reloj; no pensar en nada y hacerse como jumento delante del Señor; pero esto se consigue pocas veces, porque nuestro pensamiento ni aun cuando dormimos duerme; y no lográndolo, es necesario recurrir al *quinto*, que es ocuparle de objetos que le distraigan, como de algun negocio sério, de alguna conversacion inocente, ó de otras cosas buenas ó indiferentes, que proporcionen á cada uno la situacion y circunstancias en que se encuentre. *Sexto.* Obrar con prontitud y resolucion, porque cuando la tentacion es violenta, pide para vencerla una resolucion tambien violenta. San Benito se arrojó desnudo en las zarzas, San Francisco en la nieve, y San Bernardo se entró en un estanque helado. Por último, es necesario siempre que nos hallemos tentados de esta peligrosa pasión, levantar el corazón á Dios y pedirle que nos socorra y ayude; invocar los dulcísimos nombres de Jesus, Maria y José, y hacer la señal de la cruz, particularmente sobre el corazón, porque del corazón salen, dice Jesucristo, *los malos pensamientos, los adulterios y las fornicaciones.* Vive, cristiano, muy alerta contra esta funesta pasión; sabe que, segun el sentir de los santos padres, es la que condena mayor número de almas; pide mucho al Señor que te conceda un corazón limpio, un entendimiento puro, una imaginacion casta, una voluntad firme y constante contra todo género de impurezas; pídele el hermoso don de la castidad que tanto le agrada, y al que honra de un modo tan particular en el reino de los cielos.

P. *Cuáles nos dañan?*

R. *La destemplanza, las vistas y conversaciones ocasionadas.*

En este mandamiento no solo se prohíben las palabras, las obras, los pensamientos y los deseos impuros, sino tambien las cosas que provocan á la impureza. Tales son *las miradas libres*. Una de éstas hizo que el príncipe de Siquen robase la hija de Jacob, y que nadase su corte en sangre: otra derribó la santidad de David, y le convirtió en adúltero y homicida; y el fuego impuro que se apoderó del corazón de los viejos de Babilonia, no tuvo otro origen que contemplar á Susana cuando se paseaba en su jardín. *Los adornos excesivos*. Hablando con los hombres el Eclesiástico, les advierte: que aparten sus ojos de la muger compuesta, y que no miren en derredor del adorno ageno, porque son muchos, dice, los que se han perdido por el adorno de la muger; y San Pablo, dirigiéndose á las mugeres, las previene: que usen de trages honestos; que no enricen sus cabellos, ni gasten vestidos lujosos; sino que vistan como corresponde á mugeres que profesan la piedad cristiana. *Las conversaciones torpes*. Es increíble el estrago que hacen estas conversaciones en el corazón humano, sobre todo, en el tierno corazón de la niñez y de la juventud. Ellas son, por lo comun, el primer aliento maligno que empaña su inocencia, y el primer veneno que la emponzoña. El natural mas bello, la educacion mas cristiana y la conciencia mas delicada y ajustada, desaparecen al soplo de una conversacion impura. Jamas los padres toma-

rán precauciones demasiadas para librar á su hijos de malas compañías. Jamas los hijos se excederán de precaverse de los malos compañeros. Jamas una alma timorata usará de sobradas reservas para librarse de las conversaciones impuras. No os engañeis, escribia San Pablo ardiendo en celo por la salvacion de las almas: no os engañeis, las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. *Las palabras deshonestas*. No son menores los estragos que pueden causar las palabras deshonestas, dichas delante de cualquiera, especialmente de niños ó niñas, jóvenes ó doncellas, y sobre todo, si se profieren en voz alta y en público; porque ¿quién podrá numerar los escándalos que causan y la corrupcion que introducen? Deseando el mismo apóstol evitar tan graves males, previene á los cristianos: que la impureza no solamente no se cometa, sino que ni aun se nombre entre ellos, porque así lo exige la pureza del cristianismo: ni tampoco se oigan palabras torpes ni chanzas obscenas, porque deben tener entendido que nada impuro entrará en el reino de Dios. Ultimamente, se prohíben en este mandamiento como incentivos de la torpeza, las canciones y poesias lascivas ó equívocas, las cartas y billetes amatorios, los libros obscenos, las comedias y sainetes impuros, las pinturas y figuras obscenas, y otras mil y mil cosas que no es fácil ni conveniente expresar aquí, bastando decir que la pasion de la lujuria, que es á la que nuestra corrompida naturaleza se halla mas inclinada, y contra la que se deben tomar mayores precauciones, es precisamente á la que se dan mas ocasiones y moti-

vos para que se desenfrene y nos precipite en su asqueroso cieno.

La impureza, sobre ser de suyo pecado mortal, y oponerse tan directamente al carácter y vocacion del cristiano, lleva consigo las mas funestas consecuencias. *Primera.* Profana el cuerpo del deshonesto. Huid de la fornicacion, dice el mismo apóstol, porque todo otro pecado que cometiere el hombre, es fuera de su cuerpo, pero el que comete fornicacion, contra su cuerpo peca. *Segunda.* Mancha la honra y la estimacion. Hay algunos vicios que se cubren con cierta apariencia de grandeza, como la ambicion y vanagloria; pero la torpeza no se cubre sino con la ignominia. Ella se ha apropiado el nombre de pecado feo, y lo es tanto, que las almas puras apenas se atreven á nombrarlo, porque no las salgan los colores á la cara. El real profeta dice y repite que el hombre, estando en honor, no lo consideró; que se comparó (por la torpeza) á los estúpidos jumentos, y se hizo semejante á ellos. *Tercera.* Disminuye la robustez y las fuerzas, y muchas veces llega á destruir la salud y abreviar la vida. De esta triste verdad no se necesita otra prueba que la experiencia de todos los siglos. *Cuarta.* Consume la hacienda. Poseido Herodes de un amor desordenado á la profana Herodías, manda bailar á la hija de ésta delante de su corte, reunida en su palacio, y en premio del baile, la ofrece con juramento cuanto le pida, aunque sea la mitad de su reino. ¡Desventurado! exclama aquí San Crisóstomo. ¡Así destruyes tu hacienda, que por unas vueltas en el aire prometes la mitad

de tus dominios! ¡Qué será si se repite el baile en tu presencia! Darás otra mitad, y quedarás mendigo. *Quinta.* Estraga el alma, y este mal es sin comparacion mas funesto que cuantos van expresados. El entendimiento mas claro, el corazon mas noble, el genio mas apacible, el hombre mas atento, mas racional y de mejor temple, si se deja dominar de la lujuria, luego bastardea, muda de aire, de modales, de lenguaje, de máximas, y aun de principios, porque estragado el corazon por la lujuria, facilmente se apodera del entendimiento el error, y se trastorna la razon. No hay pasion que sumerja al hombre en mas profundas, tinieblas ni que le precipite en mayores desórdenes. Los tristes ejemplos que prueban estas verdades, se amontonan en la historia de todos los tiempos y de todas las naciones, y no bastarian gruesos y multiplicados volúmenes para referirlos. Yo solo apuntaré uno, tanto mas imponente, cuanto era mas virtuoso el hombre que nos dejó este escarmiento. Hablo de David.

Este hombre, escogido por el mismo Dios para rey de Israel, y elevado del estado de pastor al de monarca, subió al trono con todas las prendas que forman á un héroe; su ligereza y sus fuerzas eran extraordinarias. Siendo aún pastorcillo, alcanzaba en su carrera á los osos y leones cuando le arrebataban sus carneros, les quitaba la presa, y si se volvian contra él, los asia de las quijadas y los desquijaraba. Todavía era un jóven cuando derribó de una pedrada y cortó la cabeza al gigante Goliat, que tenia atemorizado á todo el ejército de Saul. Al paso de su li-

gereza y sus fuerzas, eran su caridad y mansedumbre. Dos veces tuvo en sus manos á su enemigo Saul, cuando este rey injusto le perseguia de muerte con su ejército, y no solamente no atentó en caso alguno contra su persona, sino que ni le despertó, ni permitió á sus soldados que le despertasen. Y para no ir mas adelante en sus hazañas, bastará decir que David tenia un corazon segun el corazon de Dios, y un entendimiento de profeta. Pues este hombre tan valiente, tan humano, tan justo, tan ilustrado, se deja arrastrar por una sola mirada á la torpeza, y luego cambia enteramente de temple. Desde aquel momento David es ya un afeminado, que vive entregado á las delicias de palacio, en vez de estar como antes al frente de su ejército. Es un insensato que á la funesta noticia de una derrota de sus tropas, responde con frescura: no importa, ya se sabe que son varios los sucesos de la guerra. Es un ingrato, un cruel que, despues de haber profanado la esposa de uno de sus mejores capitanes, lo entrega á la muerte con una carta de amigo; pero no hay que extrañarlo, la lujuria ha pervertido su corazon y oscurecido su entendimiento. Todo el reino murmura, y hasta las naciones vecinas blasfeman; pero David nada oye, nada ve, nada siente, y duerme un año entero sepultado en su delito; y si el Señor, compadecido de su siervo, no hubiera enviado un profeta que le despertase de su profundo letargo, habria juntado el sueño del delito con el sueño de la muerte. ¡Terrible ceguedad! ¡Tan funestos son los estragos que causa en el alma la lujuria! ¡Tan lastimosa es la perversion que obra en el corazon!

Pero si son terribles las consecuencias de la lujuria, no lo son menos sus castigos. No hablo ahora de los del infierno, á donde la impureza arrastra indefectiblemente al impuro, si no hace verdadera penitencia; hablo de los de este mundo, y de ellos no citaré los que llenan las historias humanas, en cuyas páginas se encuentran á cada paso pinturas terribles de las calamidades y trastornos que han sufrido en todos tiempos las familias, los pueblos, y los reinos por causa de la lujuria. Me limitaré á citar algunos de los muchos que nos refieren los libros santos. Aun no contaba el mundo diez y seis siglos, cuando un diluvio universal lo sepultó en sus abismos, y la causa de este espantoso castigo fué la lujuria. Toda carne, dice el sagrado texto, habia corrompido su camino, esto es, todo el mundo, hombres y mugeres, jóvenes y ancianos, se habian entregado á este infame vicio. Solo Noé fué hallado justo y reservado con su familia de este universal castigo. Apacienta Caan sus ojos en la impureza, y luego es castigado con la maldicion de toda su descendencia, que á vuelta de algunos años es entregada al cuchillo y al exterminio. Las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, y Semoín, son abrasadas en un momento por el fuego y azufre que el Señor hizo llover sobre ellas. La lujuria, que habia llegado al horror de pervertir el órden de la naturaleza, fué la causa de este espantoso castigo. Onan, por no tener hijos, se entregó á un delito que la Sagrada Escritura llama detestable, y Dios le hiere de muerte. Peca el pueblo de Israel con las hijas de Moab, y el Señor irritado manda á

Moises que prenda á todos los caudillos y los ahorque delante del sol, esto es, á vista de todos, para aplacar su furor. Me haria interminable si quisiese citar todos los castigos que nos refieren los libros santos; pero no puedo dejar de hacer mencion del que ejecutó San Pablo en el incestuoso de Corinto. Todos saben la gran caridad de este apóstol, que deseaba morir, si era necesario, por la salvacion de todos y cada uno de los hombres; pues á pesar de esta caridad sin limites, no pudo sufrir á un deshonesto, y le castigó de un modo que estremece; porque no solo le separó de la comunion y comunicacion de los fieles, sino que lo entregó á Satanás para que se apoderase de su cuerpo y le atormentase. ¡Castigo espantoso, que toda la paciencia de un Job no podia sobrellevar, y que le hacia preferir la muerte á semejante tormento.

SETIMO MANDAMIENTO.

P. Sobre el sétimo mandamiento os pregunto: quién le cumple?

R. Quien no toma, ni tiene, ni quiere lo ageno contra la voluntad de su dueño.

P. Quién le quebranta?

R. Quien á otro hace alguna manera de daño injusto, ó es causa de que otro lo haga.

La palabra *hurto* significa *oscuro*, sea porque regularmente se hurta en la oscuridad, ó sea porque el

hurto oscurece la buena fama. Hurtar es tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño, lo cual puede suceder de dos modos; ó tomándolo á escondidas de su dueño, y esto se llama *puro hurto*, ó tomándolo á su vista, y esto se llama *rapiña*, y es un pecado distinto y mayor que el simple hurto; porque éste se comete á escondidas de su dueño, en lo que se manifiesta un cierto respeto á su persona, y un miramiento á su dominio; pero la rapiña se comete á vista de su dueño, haciendo violencia á su persona y despreciando su dominio.

Por esto en el hurto no hay sino un solo mal, que es la pérdida de lo hurtado; pero en la rapiña hay dos, que son la pérdida de lo hurtado y la ofensa personal del dueño; y así el que cometió este delito, ha de confesar el hurto y la ofensa hecha al dueño, y ha de restituir lo hurtado y pedir perdon al ofendido, si no se presume que se da por satisfecho con la restitucion.

La rapiña se comete con mas frecuencia de lo que se piensa, porque no solamente son reos de este delito los que asaltan á los viageros en los caminos, y los que roban á los pacíficos habitantes en sus casas, sino tambien los que sin usar de estas violencias públicas y manifiestas, se valen de violencias paliadas. Tales son los usureros y logreros, los tramposos y enredadores, que con pleitos injustos despojan al dueño legítimo de sus bienes; los que oprimen al pobre, al huérfano ó á la viuda con exacciones injustas; los que abusan de la autoridad en perjuicio de intereses de aquellos sobre quienes la ejercen; los que venden